



José Asunción Silva

El cofre de nácar
de Anatole France

Noticia biográfica y literaria

Anatole France nació en París en 1844, y allí vive consagrado a las letras. Hízose conocer como poeta publicando hace veinte años un tomo de versos, Los poemas dorados, y un poema, Las nupcias corintias, en 1878. Ambos libros, concebidos y escritos de acuerdo con la estética del Parnaso, son obras perfectas de arte, trabajos exquisitos de cincelador y de orfebre, de tan hermosa forma que no falta quien los considere como la mejor de todas sus producciones literarias. Una serie de novelas, Los deseos de Juan Servien, El gato flaco, Yocasta, El libro de mi amigo, El crimen de Silvestre Bonnard y Thais, dos tomos de cuentos, Baltasar y El cofre de nácar, le han valido reputación de novelista, y le han dado fama de crítico sutil y de erudito insigne los estudios publicados en Le Temps de París, y reunidos en cuatro volúmenes con el nombre de La vida literaria.

Diferentes en todo de las novelas novelescas, que entretienen al vulgo de los lectores con la narración de imposibles aventuras y con la pintura de sentimientos falsos, las de France tienen trama muy sencilla e ideas muy complicadas, y recuerdan a cada página a quien las lee que son la obra de un poeta que es un sabio a un mismo tiempo. Del poeta tienen la invención graciosa y delicada, la fantasía brillante, la belleza lujosa de los detalles, el soplo de vida que anima a los personajes, la nobleza del estilo, la límpida transparencia de la frase; el sabio ha puesto en ellas el ambiente en que se mueven las figuras, las decoraciones prestigiosas, la observación profunda y sagaz de las flaquezas

y de los errores humanos, la ironía amortiguada, el escepticismo benévolo de los que creen muy poco por haber cavilado mucho...

De tales libros puede decirse que corresponden perfectamente a la definición que su autor da del libro, en reemplazo de la que trae un diccionario célebre: «Libro -dice France- es, según Littré, la reunión de varios cuadernos de páginas manuscritas o impresas. Esa definición no me satisface; yo definiría así: Libro: obra de hechicería de donde salen toda clase de imágenes que turban los espíritus y cambian los corazones. O así: Libro: aparato mágico que lo transporta a uno en medio de las imágenes del pasado, o entre sombras sobrenaturales».

Obra de hechicería, eso es Thaïs, la más bella de sus novelas, y quizás una de las más bellas novelas que se han escrito hasta hoy. Al recorrer esas páginas, el lector cree respirar el ambiente de Alejandría, ver el horizonte escueto del desierto donde asaltan las tentaciones diabólicas a los ermitaños insomnes, oír lo que dicen la hermosa cortesana conversa, el atormentado Paphnucio, Nicias el sonriente epicúreo, todos aquellos personajes que adquieren, por el sortilegio del arte, el mismo relieve que tendrían si fueran imágenes directas de la realidad.

Las frases severas que usa France para hablar de Zola, de su naturalismo grosero y de su visión estrecha de las cosas humanas, no autorizan para decir que sea France un crítico idealista. Como crítico es, sobre todo, un enamorado ferviente de la belleza, dispuesto a rendirle homenaje donde quiera que la encuentre, y a quien la exquisita sensibilidad artística y el desprecio trascendental por las fórmulas estrictas permiten gozar con la contemplación de todas las formas armoniosas.

Voces de lira y de flauta que vibran en el fondo del bosque de laureles cerca del templo griego; armonías graves del órgano que acompañan las salmodias de los frailes en las iglesias medioevales; serenatas de mandolinas al pie de los palacios de mármol; ingenuas canciones de labriegos en los bailes campesinos, todas las músicas son buenas para él con tal de que los músicos sean buenos. Como se extasía con los cantos serenos de Virgilio se deja adormecer por la voz dulcísima, consejera de paz, del monje de la Imitación, y aquellas admiraciones no le impiden sentir el escalofrío febril que le comunican al lector artista los extraños poemas en que los neurasténicos modernos, los Baudelaire y los Verlaine, dicen las visiones mórbidas de la vida.

No le perdonan a France los críticos dogmáticos y los jefes de grupos extremos esa imparcialidad que juzgan diletantismo de mala ley, ni el que considere las obras de arte desde diferentes puntos de vista, ni que el tono habitual de sus críticas sea el de una indulgencia plácida que tiene visos de amable ironía. Desespérase Brunetière, por ejemplo, al ver que France huye de hacer clasificaciones y que, olvidándose por momentos de las suavidades felinas y de las certidumbres opuestas que acostumbra, se atreve de vez en cuando a afirmaciones categóricas; renegaron de él los decadentes y los simbolistas cuando dijo que, a pesar de su buena voluntad y de sus esfuerzos, no se enteraba de las ideas que entrañan los poemas místicos de Mallarmé y las sinfonías evolucionistas de René Ghil, y los neorrealistas del grupo en que forma Rosny no alcanzan a comprender por qué les reprocha el autor de Thaïs la oscuridad deliberada del estilo erizado de términos técnicos, ni por qué se entretiene oyendo las cantilenas arcaicas de Juan Moréas. France, al contestarles, se excusa sonriendo con maliciosa modestia, reconoce la ciencia de los que lo atacan, pondera los admirables métodos de sus adversarios y los felicita por el triunfo que han obtenido sobre él; les repite que él es muy ingenuo, muy sencillo; que siente admiración por la gente convencida y batalladora, que las críticas que escribe son impresiones de paseo por entre las obras maestras, y que la parte que escogió al entrar al bosque sagrado, dejando a otros la exacta mensura del terreno y el deslinde de los predios, fue la del humilde silvano que,

para comodidad de los paseantes, coloca bancos rústicos en los sitios donde la sombra de los árboles es más espesa y más puro el ambiente, y el césped más blanco, y más claro el horizonte que se divisa en lontananza.

Esa humildad casi burlona, esa galantería de gran señor exasperan a los adversarios. Verdad es que la crítica, tal como la entiende France, es lo más a propósito que se puede concebir para lograr la antipatía seria de todos los que se aferran a un ideal determinado en materia de arte. Su idiosincrasia en el reino de las bellas letras se nos antoja a la obra de Renán en el campo de la historia y de la filosofía, y su caso, como diría un médico, es uno de los que muestran de modo más visible las ventajas y los inconvenientes de la gran cultura moderna, y el estado de espíritu, que se resiste al análisis, de muchos de los que forman hoy la vanguardia intelectual de la humanidad.

Incrédulo enamorado de las creencias muertas, demócrata adorador de todas las elegancias aristocráticas, moderno que siente la nostalgia del pasado, erudito que hace burla de la erudición y reniega de los libros, hombre de ciencia que suspira por las sorpresas y los goces de la ignorancia perdida, espíritu complejo, penetrante y sutil, lleno de innúmeras curiosidades que juzga vanas de antemano, no siente, por fortuna para él, la indefinible angustia de los que juntan a esas complicaciones la preocupación intensa de los problemas morales; esa angustia que emana de las obras sugestivas y graves de Pablo Bourget.

¿Debe atribuirse el escepticismo sonriente, el optimismo sereno de France, al maravilloso equilibrio de sus facultades, o a circunstancias especiales de su temperamento y de su vida? Ardua tarea es esa de analizar las causas que influyen para determinar el resultado misterioso de que unas mismas ideas se transformen en torturas angustiosas o en inefables fruiciones, de acuerdo con la sensibilidad íntima de los que las adquieren. Contentémonos con anotar que para los que conocen a fondo los libros del insigne artista de que hablamos, la sonrisa satisfecha, irónica y dulce de France tiene visos de una sonrisa de tristeza resignada, y que muchas veces al recorrer su obra les parece ver que cruza por ella, como un fantasma por un jardín florido, aquella mujer que, según dice él mismo, anda por el mundo desde el día en que los hombres comenzaron a pensar, aquella mujer silenciosa que lleva velada la faz y que se llama la Melancolía.

J.A.S., Bogotá, mayo 30, 1893.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

